

Contestación  
de  
don Alfredo Boulton

Quiere la costumbre de nuestra Corporación que sea el Individuo de Número de menor edad académica quien pronuncie las palabras de bienvenida, al ingresar un nuevo miembro numerario al seno de nuestro Instituto. Esta es la razón de mi presencia en esta tribuna, para dar la enhorabuena, en nombre de mis colegas y en el mío propio, al doctor Guillermo Morón. Es fórmula habitual en estos casos, manifestar la complacencia que se experimenta ante la oportunidad ofrecida para hacer resaltar los justos méritos del nuevo Académico. Y si mis palabras de hoy tuviesen sólo por objeto cumplir un cometido de carácter reglamentario y formulista, no resultaría tan difícil acatar la fórmula y satisfacer la costumbre. Pero en el preciso caso del doctor Guillermo Morón, la tarea reglamentaria que ha recaído en mí cobra proporciones en verdad excesivas, pues se me ha encomendado responder, de igual a igual, a quien por títulos de todos sabidos, no es mi igual. La primera condición del hombre es conocerse a sí mismo a fin de apreciar cabalmente sus propias limitaciones y poder medir en verdad el alcance de sus posibilidades y recursos. Ya fuera del pecho estas palabras que me era necesario decir antes de proseguir con este discurso de contestación, sí me será más fácil acercarme ahora al ser humano, ya que no al intelectual; pues por fortuna ambos aspectos armonizan en proporciones justísimas en la persona de quien ha venido a ocupar el sillón letra P, que hasta hace poco correspondía a nuestro decano don Santiago Key-Ayala, patricio por abolengo, por inteligencia y por cultura.

Guillermo Morón llega a la Academia para reforzar con su vitalidad la poderosa labor ya realizada por los hombres de la provincia venezolana en nuestro seno y en muchas otras actividades culturales. En efecto, de ella han venido algunos de nuestros más eminentes individuos, de nuestros valores más altos. Ese semillero fecundo nos ha dado a Gil Fortoul, Arcaya, Briceño-Iragorry, Lisandro Alvarado, Parra León. Del interior de Venezuela, almacigo abundoso y seguro, y del propio Lara, de donde también nos llega Morón, han salido algunos de los mejores cultores de nuestra historia. Desde hace ya tiempo a Caracas ha venido una brillante sociedad, que desde todos los ángulos de Venezuela, se ha amalgamado con los más destacados espíritus locales y en ese ambiente de climatización mental, cada uno ha traído su saber y su deber para hacer de nuestra corporación un cuerpo vivo y vibrante.

Voy a correr el riesgo de salirme un poco del molde tradicional de estos discursos, que son por lo común considerados de simple compromiso. Y a fe que en el particularísimo caso mío, tal compromiso resulta en extremo afortunado, pues me brinda una excelente oportunidad para anotar hechos que pocas veces se han comentado y que considero por demás sintomáticos del carácter de esta Academia. Hoy recibimos como miembro de número a un hombre de 33 años, que no solamente es joven en edad, sino también en formación cultural, pedagógica y universitaria: Y deseo se entienda bien que esa alusión a la juventud científica de nuestro nuevo colega, no conlleva la más mínima dosis de ironía o burla, como podría tal vez imaginárselo quien se acogiese al concepto erróneo, pero bastante generalizado, que suele tenerse de instituciones de la índole de la nuestra, a las cuales se achaca, con notoria ligereza, una supuesta incompreensión frente a los valores de las nuevas generaciones intelectuales. La juventud de Guillermo Morón, su juventud formativa y científica, es buena muestra del sentido de vitalidad con que está impregnado el ritmo de nuestra existencia y que todos estamos empeñados en vigorizar para mantener a nuestra Corporación en el verdadero rango jerárquico que le corresponde desde su origen, dejando atrás todo inmovilismo arcaico y antiacadémico. Al acogerle entre nosotros, estamos demostrando de manera palmaria que sabemos valorar y apreciar su labor historiográfica, y pregonamos al mismo tiempo, con legítima satisfacción, que somos un cuerpo viviente y vigoroso, empeñado en el estudio de nuestra historia guerrera, política, económica y cultural, y que lo estamos haciendo de manera enérgica, científica, aunque callada, pero también con ánimo abierto, activo y receptivo. Sé que buen camino hemos de llevar, que buen juicio hemos menester, y que buen cuidado hemos de tener.

La obra histórica de Guillermo Morón es amplia y, a la vez, de alta calidad técnica y científica. *Los Orígenes Históricos de Venezuela*, cuyo primer tomo intitula *Introducción al Siglo XVI*, es un inestimable aporte al estudio del Descubrimiento y de la Conquista de Venezuela, y abre con dramatismo musitado, con violento gesto, el ruidoso cortinaje del gran telón de fondo de nuestra historia donde aparece entre otras muchas cosas, la misteriosa gestación de la efímera y opulenta Margarita que fue la Nueva Ciudad de Cádiz. Sus primitivos moradores la llamaban Cubagua y en el ciclo de regresión que es en gran parte el vivir humano se le sigue llamando de igual manera, también Cubagua. En las apretadas páginas del historiador vemos cómo la vida insular va surgiendo, va formándose y cobrando cuerpo, gracias a los irrefutables documentos hallados por Morón entre legajos que dormían en quietos anaqueles por más de cuatro siglos, aguardando la trémula mano del investigador que los rescatase del fondo del olvido. Con la emoción del primer

hombre ante el placer virgen, con esa misma angustia, el nuevo académico se adentra en los voluminosos fondos de Sevilla, de Simancas, de Madrid, en las crónicas de Aguado y Simón, pero más que nada en su propio y profundo conocimiento de la evolución étnica de esos días. Partiendo de la Tradición Medieval analiza las razones históricas, de ambivalente faz material y espiritual, que impulsaron a España no solamente hacia el descubrimiento del nuevo continente, sino hacia nuestra conquista. La multitud de datos ignorados que acopia, la manera de utilizarlos y mostrarlos, con prosa limpia y castellana, y en justa y atinada forma, son el mérito especial de su obra, gracias a la cual nos es dado conocer e ir recreando por primera vez una buena parte de la verdadera historia de nuestros orígenes hispánicos. La sola mención de los diferentes capítulos bastaría para darse cuenta de la amplitud y el mérito de este trabajo. Morón ha superado en su estudio la arcaica fórmula de narrar que había imperado en cierta escuela de historiadores hasta hace apenas pocas décadas, y que se vio modificada de manera afortunada desde la aparición de los grandes reformadores alemanes. En la preparación del trabajo que estoy comentando reunió más de 80.000 fichas de referencias, aprovechando lo mejor de la enseñanza moderna; mecanismo admirable que se ha puesto a nuestra disposición, con sus gaveteros interminables y sus detalles exhaustivos, imperio de sabiduría engavetada que se tiene al alcance; mundo de pequeñas tarjetas reunidas en minúsculos trozos de papel, archivadas en forma cronológica, onomástica o bibliográfica, toda esa perfecta metodología clasificada que está al fácil tocar de nuestros dedos, esa estupenda amalgama que puede parecer rígida y sin alma -para el que tampoco la tenga- magnífica expresión de nuestra vida moderna, materialista y seca -para el que de esa manera también la sienta— pero innúmera, fecunda y sin parpara quien tenga la sensibilidad de hallar el calor y el fuego de la historia repartido entre aquellos millares de fichas y de fechas, de nombres que se entrelazan para formar la guirnalda de nuestra verdadera vida pasada. Y esa virtud la posee Morón, de manera sobresaliente, pues conoce el eficaz manejo de esos datos, que al incorporarse a su saber entran en contacto con su cálida sensibilidad, son dosificados por su erudición y al ser expresados de manera harto donosa lo convierten en uno de nuestros firmes valores culturales.

El primer tomo de *Los Orígenes Históricos de Venezuela* fue publicado en 1954. Es uno de los mejores conjuntos de textos patrios que se conozcan, y están comentados en forma aguda y penetrante, viva y atrayente. El trabajo está dividido en cuatro partes, subdividida cada una de ellas en capítulos, los que a su vez aparecen formando cuerpo de un conjunto de ideas y relaciones políticas que guardan todas un orden cronológico. De esa manera se pasa desde la

tradición medieval en la cultura europea y en especial la hispánica, a través de su religión, su ciencia y su mítica en relación al aspecto geográfico-histórico, el que está formado a su vez por los principales conceptos cósmicos y terrenales emitidos desde el Descubridor, hasta los de más reciente fecha. La segunda parte analiza el hecho mismo del descubrimiento: trata de los hombres que lo efectuaron, de los primeros pobladores, y del régimen de leyes que fue necesario crear para regir ese nuevo mundo que traía un revolucionario concepto del ser humano. La tercera y la cuarta parte están dedicadas al estudio de la minuciosa reglamentación política y jurídica nacida a raíz de las luchas de liberación-contra los moros, trasplantada a estos suelos para ser aplicada a hombres rudos e incultos, que no tenían concepto histórico de sus responsabilidades, pero que estaban imbuidos de una tremenda fuerza mística encarnada en el Rey, la Religión y la nueva conciencia que se despertaba en ellos al contacto con la tierra virgen. En ese ambiente fabuloso, más áspero y duro desde el comienzo, pero que precisamente por ello propicia la expansión incontenible de la voluntad, el poblador castellano, andaluz o extremeño, a más de exterminar indios belicosos, de fundar villorrios, buscar la perla y el oro apetecibles, o iniciar la rotura de las tierras intocadas, medita también —al rescoldo del nuevo lar— acerca de su propia vida, como dueño solo de ella que se siente. Empieza a germinar entonces, aunque apenas, la fuerza y potencialidad de su íntimo ser que habrá de desembocar siglos más tarde, cobrando conciencia y vigor, en la ineludible libertad física, política y moral del 5 de julio.

Podrían corresponder a una clasificación de distinto carácter los tres trabajos que con atinado acierto intitula su autor respectivamente, *La Palabra Acero*, publicado en Madrid en 1953, *El Libro de la Fe*, 1955 y *Cuaderno con notas morales*, 1958. Son estudios que responden a preocupaciones de orden filosófico atañedoras a nuestra historia, enfocando su interpretación, y bajo esa luz, hacia los hombres que la hicieron y los que la han comentado. El estilo literario —pues se trata también de excelente literatura— las ideas políticas, y los conceptos humanos, los funde el autor en hervor apasionado, difíciles de desligar los unos de los otros, de separar o disecar. Son tres ensayos donde con recia contextura orgánica se apiñan ideas interesantes sobre reglas, hombres y cosas, y donde asoma a cada paso, por encima de toda otra preocupación, aunque Morón no lo quiera decir, el dolor del venezolano herido por tantos años de confusión y de negrura. Esos hermosos volúmenes son libros escritos en máxima tensión amorosa de la patria, en los que no solamente está analizada la gesta emancipadora y sus principales autores, sino que el autor se acerca a nuestro tiempo y nos habla de los héroes civiles que también han construido a Venezuela: Vargas, Fermín Toro, Juan

Vicente González, Cecilio Acosta. Lisandro Alvarado, Riera Aguinagalde y unos pocos más. No muchos. A veces, leyendo y meditando los libros de este joven Meditador, surge el deseo vehemente de dejar la propia pluma, de abandonar la tarea de hablar sobre él y su obra, para ponerse uno más bien a leer, a escuchar su prosa aromática a tierra y a sombra de frondas húmedas.

Destilando valor, aunque temperado por natural prudencia, y del contacto con Kant, Nietzsche, Kierkegaard y Dilthey, salió uno de los más densos estudios de Morón: *Los Borradores de un Meditador*, publicado en 1958. Es interesante apuntar el proceso de auto-observación que se lleva a cabo en la inquietud cultural de este fogoso larense, al encontrar explicaciones y acomodo a las disciplinadas teorías metafísicas de esos tremendos nórdicos, elaboraciones filosóficas de hombres inclementes que hallaron en fuego el cardonal nativo del joven caroreño, a cuya lumbre se analiza él mismo y aparece señalando en medio de axiomas y aciertos el sitio que conduce a su alma: "En este trabajo de perdurabilidad —dice Morón— tiene mano cohechante la fama, tanto la fama pregonera —fácil embarulladora, inquieta y enemiga de la verdad pues que presenta las cosas harto más de lo que son en realidad—, como la fama constructora, que es pacífica, sólida y poderosa, a la que no mancha ni la mezquindad, ni la envidia, esas dos repugnantes criaturas que suelen formarse, como gusanos, en el corazón de algunas gentes, cuando ese corazón es sólo un puñado de carne perecedera".

Ya se presentía que no andaría muy lejos el filólogo y el filósofo, encerrado en los claustros fríos pero luminosos de Salamanca, con sus maestros Fray Luis y el vasco don Miguel y sus tajantes inquietudes. El diálogo que emprendió Morón en *Los Borradores de un Meditador* como estimulante ejercicio mental sirvió en cierta forma de introducción, al primer libro que presentará el nuevo Académico después de ingresar como individuo de número y al que se refirió en los últimos párrafos del discurso que acaba de pronunciar. Esta obra, que está en vías de editarse, representa en parte, el resultado de sus estudios en España y Alemania. Es su permanencia de varios años en Madrid, donde en la Universidad Central fue graduado de doctor en Filosofía y Letras y especializado en Filosofía de la Historia en el Departamento de Cultura del Consejo superior de Investigaciones Científicas. Es Hamburgo y su Universidad, donde fue profesor de Cultura Hispanoamericana. Es Göttingen y sus aulas.

De España trajo Morón, en su cofre de joyas, tres perlas, tres nombres: Fray Luis de León, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset. De estos pensadores, los dos últimos cautivaron más

que nadie su corazón y a Ortega y Gasset dedica un profundo estudio sobre la evolución de su personalidad política y filosófica, y sobre su significado visto a través de su gestión periodística, literaria política. En *Historia Política de José Ortega y Gasset* —que tal es el título de su libro— hace Morón un amplio y perspicaz análisis que cubre todo el ciclo de la vida del magnífico filósofo español. Es el estudio del hombre, de su pensamiento, y de su proyección sobre España, dividido en capítulos de carácter biográfico que comienzan con la muerte y van reconstruyendo su vida y su figura hasta presentarlo en toda la dimensión de su grandeza humana. La narración tiene sentido retrospectivo, por cuanto el autor analiza la obra filosófica y política de Ortega, desde sus actividades periodísticas, en la época en que fue Director de *El Imparcial*. Para esto, Morón ha tenido que afinar una vez más su infatigable olfato de investigador hasta agotar las fuentes de información a su alcance, y aun las más lejanas: pero ha logrado así historiar de un modo magistral la figura de Ortega y Gasset, y comentar concienzudamente su influencia mediatizadora al derrumbarse la monarquía española.

Este libro es igualmente un ensayo sobre España, centrado en la evolución política que antecediera a su actual situación. Romanones, Dato y Primo de Rivera, son los nombres que preludian a los de Niceto Alcalá Zamora y de Lerroux, hasta llegar al del umbroso Franco. Constituye así este trabajo de Morón un estudio moderno sobre la historia aún palpitante de un pueblo, que presenta para nosotros el especial interés de guardar con el nuestro una íntima relación en lo que respecta a la organización formativa de nuestra raza; y es justamente a través de las teorías políticas y filosóficas de Ortega que el autor llega a desentrañar similitudes paralelas con las profundas raíces somáticas que son en gran parte las responsables de nuestra formación étnica.

Pero más que todo, rezuma de las páginas de este libro, si bien involuntariamente, lo autobiográfico de Morón: a través del tema España, más allá del pensador .Ortega, aflora a cada paso la personalidad del autor, y se impone su vigorosa formación intelectual. Porque —y quiero decirlo con franqueza— llámese su obra *La Palabra Acero*, *El Libro de la Fe*, *Los Borradores de un Meditador*, *Historia Política de José Ortega y Gasset*, o cualquier otro título, lo que en ella toda primordialmente se refleja, la preocupación que constantemente le invade, a pesar de cualquier nombre que quiera darle a su trabajo, que pueda servir para desviar su verdadera angustia de escritor, esa perenne tribulación se llama llana y simplemente: Venezuela. Es Venezuela, sentida y amada en las diferentes facetas de su carácter, a través de su ciencia, de su política, de sus más

vitales problemas. A través de su azarosa existencia política, y del inquieto vivir que siempre ha sido el suyo.

Para nuestro autor, el concepto clásico del "regnum", a través de las ideas de Ortega, es la suprema realización del mayor acierto humano, la posible hacedora de la mayor felicidad del hombre; la suma de la bondad humana; el instrumento perfecto para la perfecta perfección. Escribir sobre Ortega y Gasset como lo hace Morón es una virtud. Escribir sobre política, por consiguiente sobre historia, y escoger como tema esa figura, su época y la evolución social de su tiempo, es un buen ejemplo del espíritu académico de quien hoy recibe en su seno nuestra Institución. Para él, la historia no solamente se encuentra a siglos de distancia de nosotros, no es únicamente lo que podemos medir con larga vara de centurias, sino que consiste también en lo que a diario acontece, y se encuentra reflejada en el esfuerzo y en la palabra de cuantos en este instante la vivimos. El tema de este libro de Morón demuestra bien su concepto de moderno historiador y especialmente recalca la importancia que da a la vida española y sus más resaltantes acontecimientos políticos durante el primer tercio de este siglo en relación con su influencia sobre nuestro medio y en general sobre nuestra cultura.

Entre 1956 y 58, Morón editó en Madrid su *Historia de Venezuela*, ajustada a los programas oficiales de Educación Secundaria, Normal y Especial. El prefacio está fechado en Göttingen, en medio del crudo invierno de 1955. En este trabajo el autor hace el recuento de nuestro acontecer histórico, partiendo de los tiempos precolombinos, pasando detalladamente por los días del descubrimiento, de la conquista, los correspondientes a las contiendas guerreras; los que en verdad se alargaron en una u otra forma hasta la llegada de Castro y hasta muy cerca de nuestra actual era del petróleo. Este texto es posiblemente uno de los primeros de su índole en donde se le da su justa importancia a los siglos coloniales, y se estudia la profunda huella que dejaron en nuestra formación cultural. Contrariamente al punto de vista que suelen adoptar otros catedráticos, Morón dedica a esos precisos años el adecuado espacio que en justicia les corresponde, haciendo resaltar la raíz genésica de la que surge nuestra formación cultural. Sin menospreciar, es de advertirlo, en ningún caso, el interesantísimo proceso de nuestra independencia política.

*José de Oviedo y Baños*, biografía escrita en 1957, junto con *La Historia y los Cronistas*, publicada en las Ediciones de la Biblioteca Popular del Ministerio de Educación, en 1958, son dos apasionantes trabajos dedicados a nuestros más destacados historiadores coloniales en donde sale a relucir, una vez más, la amplia erudición del autor, quien no se contenta con citar y reproducir

textos, sino que estudia a fondo la evolución historiográfica de las obras de Fray Pedro de Aguado, José de Oviedo y Baños, y Fray Antonio Caulín, dándonos un luminoso panorama de nuestros primeros cronistas. En el preciso caso de Oviedo y Baños, Morón logra adentrarse por caminos que podríamos llamar de rastreo en cuanto a un misterio bibliográfico que siempre ha apasionado e intrigado a quienes por estos asuntos nos interesamos. Con sólidas razones que a mi entender están llenas de buena lógica, indica el posible paradero del célebre segundo tomo de la *Historia de la Conquista, y Población de la Provincia de Venezuela* escrita por el sobrino del Obispo Baños y Sotomayor. Dice al respecto: "Una cita que ha pasado desapercibida es la del jesuita Francisco Javier Lazcano, la cual me parece ilumina mucho el problema y hasta señala una de las fuentes que conviene revisar con detenimiento. En su biografía del Padre Oviedo, al referirse a los hermanos del renombrado jesuita, y mencionar a nuestro historiador don José, expresa: "Este cavallero, aunque casado, fue docto en Derechos, y tan aplicado al estudio, que compuso dos tomos de la historia de Caracas. El primero se imprimió, dedicado a su Hermano mayor, el señor don Diego de Oviedo: y el segundo se conserva manuscrito, dedicado a su amantísimo Hermano el P. Juan Antonio". Éstas sí me parecen palabras definitivas para hacer creer que la obra fue compuesta, sobre todo atendiendo a la fecha en que escribió Lazcano y al dato de que el volumen fue dedicado a Juan Antonio. Acaso se conserven aún los numerosos manuscritos dejados por el jesuita Oviedo en los Archivos del Colegio de San Pedro y San Pablo, pasados luego a la Universidad Mexicana, como hemos visto sostiene Beristaín por haberlos visto allí. Nada de particular tendría que don José enviara el libro a su hermano, en vista de las dificultades para publicarlo, ya que a él estaba dedicado. Señalo esta posibilidad como la más segura, si es que no se ponen también en duda las palabras de Lazcano, a quien no parece haber podido consultar Parra; escrupuloso como era éste en el señalamiento de sus fuentes, indica siempre la ficha bibliográfica completa, cosa que no ocurre con el libro de Lazcano. No se hubiera escapado a la sagacidad de Parra León esta pista indicada por el jesuita, ni la seguridad con que habla del manuscrito, como si lo hubiera visto".

Como es fácil de observar, esta nueva pista que da Morón sobre el posible paradero del segundo tomo, es por demás valiosa y quién sabe si efectivamente se encontrará en México tan interesante manuscrito; bien valdría, pues, la pena que nuestra Academia entrara en informaciones con la Universidad de Méjico para cerciorarse de esa posibilidad.



Un tema apasionante en grado sumo y, por decirlo así, inédito, ha sido escogido por el nuevo académico para su discurso de incorporación: el de la Moral Política en el curso de nuestra historia. El estudio está planeado y tejido en forma audazmente moderna y científica, dejando a un lado los arcaicos formulismos que han hecho las delicias de varias generaciones de historiadores. La presentación del tema, su planteamiento y desarrollo aparecen fundamentados en las más recientes enseñanzas de la historiografía, y da gusto oír como su autor va llevando con experta mano, hasta su conclusión, tan difícil y sutil concepto. Morón percibe la función de historiar dividida en dos facetas enteramente independientes la una de la otra: por un lado ubica la tarea del investigador y por el otro la del intérprete de la historia, cada una de las cuales abarca campos diferentes y tiene finalidades específicas, si bien llega un momento en que ambas se conjugan y entrelazan formando un solo cuerpo y una sola alma. Con sobriedad y exactitud sitúa Morón en su sitio a cada una de estas dos tareas, cuyos linderos quedan delineados con suma claridad y precisión dentro de la difícil y compleja ciencia historiográfica. Es por demás interesante e ilustrativo acompañar al autor cuando expone el desarrollo de estas actividades, cada cual con su poderosa finalidad, y observar en qué forma las va desglosando, desmenuzando, hasta llegar al análisis preciso de la escueta función de historiar teniendo como objeto al individuo político y al pueblo nacional; denominación esta última acuñada por el nuevo Académico —y la que me parece acertada— para designar la representación humana de una nación. El autor se remonta a los mejores tiempos helénicos para realzar la importancia del individuo y calificar su dimensión de unidad humana dentro del concepto global de un pueblo.

En el frío análisis del proceso político de Venezuela (y empleo yo la voz "político" también en esta ocasión en el mismo sentido con que Morón lo hace) llega a veces el autor a disecar tan despiadadamente el esqueleto, la armazón de nuestras fluctuaciones gubernamentales, que logra hacer olvidar todo el oropel de ruidosa palabrería con que los diferentes jefes han intentado justificar tal o cual acto o insurgencia. Despiadadamente, repito, y con acertado bisturí, pone al descubierto las heridas sangrantes de nuestro organismo social, hasta llegar al tuétano donde reside el verdadero sentido filosófico de nuestra historia política, que en gran parte ha sido, más que cualquier otro ejercicio, mera profesión de fe politiquera.

En su interesante trabajo ha hecho surgir ante nosotros múltiples facetas inexploradas de los Anales patrios; pero en verdad la historia de los pueblos es materia inagotable, pues a la par que el hombre siente y vive, va forjando y construyendo su pequeño o grande universo, según su

mediano o mucho sentir y capacidad. La historia tiene la misma edad del propio ser humano, y mientras el hombre exista, ella estará siempre incompletamente dicha, a veces repetida y hasta vuelta a descubrir: circunstancia ésta que es aún más evidente cuando se trata del tan reducido lapso que abarca nuestra historiografía. Morón acierta cuando observa que la historia de nuestra Constitución, o mejor dicho, de nuestras Constituciones, está todavía por hacerse, pues de lo que más se han ocupado los que sobre historia escriben ha sido del aspecto puramente externo de los principales acontecimientos políticos de nuestros breves días, soslayando el análisis de los factores de orden moral que hicieron necesaria esa interminable cadena de constituciones modificadas, readaptadas al antojo de los gobernantes y casi siempre con el apoyo de sus mentores civiles. De la Moral Política venezolana en el sentido en que Morón la formula poco, o mejor nada, se ha dicho. El alma social y su formación filosófica, la de la Moral Política, digo, aguarda a un historiador que la descubra y la interprete: y no creo estar equivocado al pensar que ya apunta en el propio Morón ese tan deseado expositor de tan palpitante e interesante tema.

Entre las varias ideas surgidas del discurso que acabamos de oír, verdadera incitación a meditar sobre las teorías de orden moral en él expuestas, figuran precisamente algunas que conciernen de un modo muy directo al filósofo, al creador o formador de teorías políticas. Están planteados ahí dos problemas correlativos: el que atañe a la actitud del intelectual ante la función de gobernar, y el de la responsabilidad que podría caberle por el curso que en el pasado tuvieron muchos de los acontecimientos políticos de nuestro país. Hasta donde tal responsabilidad puede considerarse a salvo cuando esos hombres, de cultura superior a los inmediatos mandatarios, han permitido que éstos tomen rumbos y determinaciones poco acordes con los conceptos de moral política de un pueblo. El planteamiento que hace Morón es una de alta vivencia nacional, pues desgraciadamente el mal lo hemos encontrado presente en diferentes etapas de nuestra vida republicana y si se hiciese un balance escrupuloso y veraz, creo que en muchos casos los hombres de pensamiento no quedarían mejor librados que los hombres de fusil y machete que han asaltado el poder. Yo creo que la moral política en la historia de Venezuela ha existido, sí, pero como en estado de vida latente; en el curso de nuestro breve y accidentado período republicano ha sido realmente excepcional cuando ha surgido un pensador que al lado del mandatario de turno haya tenido suficiente entereza, valor y coraje para guiar a éste hacia ciertas normas de absoluta decencia gubernamental. Si nos hemos de remontar hasta la formación de nuestra actual República, si nos hemos de remontar hasta 1830, encontraremos que tan sólo los gobiernos

oligarcas de esos años inmediatos mantuvieron, en este sentido, una alta posición ética, que cedió luego, por razones de todos conocidas, al producirse el deterioro político y moral de los mandatarios subsiguientes.

Son sumamente raros los ejemplos, en nuestra historia, de que las teorías creadas por hombres de pensamiento hayan tenido la oportunidad de llegar a su plena realización, inclusive en los casos en que los propios hombres que las forjaron lograron gobernar; y es todavía mucho más remota la posibilidad de que sean otros quienes las adopten sin que sufran alteración manifiesta. Pero también se da el caso, y entonces es a la inversa, de que mandatarios o magistrados sin teoría política alguna, llegados al poder por medio del asalto, se acogen a consejeros que logran influir poderosamente en el delineamiento de la política a seguir, y tal es el caso brillantemente expuesto por el Dr. Morón en su trabajo que comento, y en cuyos determinantes casos la moral adquiere un sentido antimoral en el justo concepto social de esta palabra. Los casos de Quintero, de Rojas, y otros más, han formado parte de la tradición criolla. Y si en efecto existen tradiciones en la política venezolana, ésta es una de las que podemos calificar como tal. Es triste haber de reconocerlo, y aun puede que muchos afecten escandalizarse y califiquen de cínica esta afirmación: pero no por esto deja de ser válida.

La historia de la moral política es campo virgen ofrecido al esfuerzo de nuestros estudiosos. Poco se ha analizado en Venezuela el contenido de la filosofía política de esos hombres que llegaron a tener influencia predominante en los destinos del país, permaneciendo semiocultos tras la figura presidencial de turno. Sin embargo, existe un caso, brillantemente estudiado, expuesto y escrito por don Ramón Díaz Sánchez, que es el de Guzmán el Viejo, figura venezolana que agotaría toda una sombría gama de adjetivaciones, pero que encuentra buen sitio al lado de los estadistas citados por Morón.

El apasionante tema bosquejado por nuestro nuevo colega es en verdad de tal importancia, por encontrarse en la raíz propia de la evolución histórica de nuestro país, que es necesario secundar y apoyar con entusiasmo la sugerencia de Morón en el sentido de que la Historia hay que analizarla y estudiarla en sus más íntimos aspectos, bajo sus más recónditos resortes, y no atenerse simplemente a la función de recordar y narrar los hechos y actos externos que hayan ocurrido durante tal o cual período.

Indudablemente, serviría de mucho para abrir las puertas a ese renacer de de los estudios históricos, el que los materiales indispensables para llevar a cabo las necesarias investigaciones

estuviesen canalizados por organismos *ad hoc* mediante la eficiente catalogación de documentos y la formación técnica de ficheros científicamente llevados para proporcionar al estudioso un completo y fructuoso material. El actual estado de esa ciencia en Venezuela es hartamente complejo, y los historiadores se encuentran ante el grave problema de tener que acudir con frecuencia a textos ya referidos debido a la carencia de un conveniente sistema metodológico. Para estudiar nuestra historia, no basta apoyarse en las obras anteriormente publicadas, por meritorias que sean, sino que es necesario solicitar la colaboración de los archivos nacionales, muchos de los cuales comienzan ahora a adquirir mejor formación técnica, pero que lejos están aún de poder prestar un rápido y eficiente servicio en la función para la cual esencialmente deben servir.

Es indispensable poner pronto remedio a tal estado de cosas, si se quiere que nuestra historiografía se desenvuelva bajo las normales condiciones de trabajo propias de toda investigación llevada a cabo con seriedad y con técnica. Si esta situación no es modificada en breve tiempo, por medio de la creación de un organismo adecuado, es indudable que la sistematización de este tipo de investigaciones seguirá siendo, como hasta ahora, tarea muy difícil, lo cual tendrá como resultado, si no la paralización de los estudios históricos, sí por lo menos que el ritmo de éstos no alcance el impulso deseable. Es satisfactorio notar al respecto que la preocupación que expresa el Dr. Morón y de la cual me hago yo aquí eco, está en vías de resolverse mediante la colaboración de diferentes instituciones privadas que han entendido el valor que tiene para nuestra cultura la metodización de los archivos históricos de Venezuela. Espero que no esté muy lejano el día en que se pueda mencionar como un hecho cumplido, la formación de un instituto que encare resueltamente este problema que tanto nos preocupa. Cuando se hayan salvado esos fondos documentales, le será mucho más fácil al estudioso consultarlos y tener una visión más amplia y definida sobre aquellos hombres que si no alcanzaron el primer estrado de las luminarias políticas venezolanas, fueron en cambio influyentes factores en la formación del alma política de Venezuela. Hombres que han surgido casi siempre en todo régimen, haya sido éste de facto y de fuerza, como la gran mayoría de nuestros gobiernos, o democrático y por elección, como también los hemos tenido, aunque en muy menor escala. Quien ha dictado, en verdad, la conducta moral de esos gobiernos, ha sido a veces un Pedro José Rojas, un Ángel Quintero, a quienes la historia atribuye los mayores pecados del régimen paecista, pero pecados también los cometieron los Monagas, también los tuvo Julián Castro, y pecados tan condenables como los del gobierno del Páez caduco, pero no queremos recordar y no queremos mencionar quiénes fueron los que

acompañaban a esos magistrados en su labor de dar a sus regímenes sentido político. El campo es amplio y vasto e inexplorado. Se da también la circunstancia de que, en lugar de esos confidentes, los constructores de los lineamientos políticos sean los mismos caudillos que ocupan el solio presidencial; y en este caso, que tampoco es raro en Venezuela, nos hallamos con que el mentor intelectual de la gestión oficial es a la vez el propio guerrillero o el afortunado general a quien los azares de la contienda armada han elevado hasta la magistratura. El ejemplo específico de Guzmán Blanco, en este sentido, es por demás interesante, pues en él se hallan las facultades de guerrero y de pensador, amalgamadas en un ser de extrema exuberancia tropical que —dentro de una lobreguez de sórdidos manejos financieros— supo imprimir a sus gobiernos visos de política de altura. Recuérdese su famoso dicho: "Yo gobierno con mi cabeza mía".

El magnífico estudio que acaba de leernos el nuevo Académico de Número, ensayo sobre la filosofía política de un pueblo, es un compendio de aspectos de la vida de una nación que en el particular caso de Venezuela ha sido poco o nada investigado, a pesar de su importancia para la interpretación de la Historia. Ojalá que, incorporado ya el doctor Guillermo Morón definitivamente entre nosotros, siga estudiando con la sagacidad y la inteligencia que le caracterizan los diferentes ángulos todavía inexplorados de nuestro pasado nacional. Su presencia servirá para estimularnos aún más, y aprovecharemos su fe y su constancia para mantener el impulso del trabajo fecundo y sereno que siempre ha propiciado esta Academia. A nombre de ella me complazco en dar al doctor Guillermo Morón la más cordial bienvenida